

Rafael Lapesa

La obra literaria del Marqués de Santillana

Prólogo de Jaime González Gómez



ATHENAICA
EDICIONES UNIVERSITARIAS

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
u eus
Editorial Universidad de Sevilla

CLÁSICOS UNIVERSITARIOS

Prólogo

Rafael Lapesa publicó *La obra literaria del Marqués de Santillana* en 1957, después de más de un lustro de preparación. Desde 1951 había trabajado en esta materia, que dio su primer fruto en 1954 en la forma de su discurso de ingreso en la Real Academia Española —de la que había sido nombrado académico en 1950—, titulado *Los decires narrativos del Marqués de Santillana*. Este discurso se convertiría íntegramente en el cuarto capítulo, sin duda el más logrado y autónomo, de la obra completa. Lo dilatado del período de redacción de este estudio se explica atendiendo a las crecientes responsabilidades del autor desde que en 1947 había ganado la Cátedra de Gramática Histórica en la Universidad Central de Madrid y había entrado a formar parte del recién creado Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española, además de las numerosas visitas a universidades extranjeras que realizó a partir de aquellas mismas fechas.

El estudio de la producción literaria de Íñigo López de Mendoza, I Marqués de Santillana, que Rafael Lapesa desplegó primero en su discurso de ingreso en la RAE y, después, en *La obra literaria del Marqués de Santillana* recorre el corpus santillanesco a través de una clasificación tipológica de su obra —dividida en lírica menor (serranillas, canciones y decires), decires narrativos, sonetos, poesía moral, política y religiosa y prosa— prestando atención no solo a los temas literarios, sino también a los antecedentes culturales del Marqués, a su expresión lingüística en los diferentes tipos de producción literaria, a cuestiones de atribución y transmisión de sus textos y al contexto cultural de la Castilla del siglo XV, de la que se convirtió en uno de los principales estandartes culturales. Se inscribe este estudio en la misma línea intelectual que el magistral trabajo

que María Rosa Lida había publicado en 1950 en torno a la figura y obra de Juan de Mena, y alcanza un nivel parejo de calidad filológica. Se trata de trabajos monográficos de orientación fundamentalmente literaria que integraban, con una desenvoltura filológica difícilmente concebible hoy en día, un profundo conocimiento del período histórico al que los autores estudiados pertenecieron y un genuino interés por el análisis de la lengua de los textos y el encaje de sus usos lingüísticos en su contexto de composición. En este sentido, es precisamente el capítulo cuarto de *La obra literaria del Marqués de Santillana*, el que tres años antes había constituido el discurso de ingreso en la RAE de Rafael Lapesa, el que presenta un análisis más global de los decires narrativos del Marqués en cuanto a textos literarios, temas, contexto y expresión lingüística, pero esto no es óbice para apreciar también en el resto de la obra la sensibilidad filológica que siempre caracterizó a su autor, que nunca concibió el estudio de la literatura sin el de la lengua que la vehicula ni el de la historia de la lengua sin la referencia de sus registros literarios más elaborados.

Solo es posible valorar la importancia que esta obra ostenta en el contexto de los estudios sobre la lengua, la literatura y la cultura del siglo XV si se tiene en cuenta la extendida sombra que la figura del Marqués de Santillana proyecta sobre la centuria en cuya primera mitad vivió, ascendente que seguramente solo es comparable al que ejerce Juan de Mena sobre el mismo período. Íñigo López de Mendoza representa como hombre, como literato, como intelectual, como político y como militar el paradigma a partir del cual la historiografía posterior ha recreado el siglo XV; el modelo más o menos consciente y explícito a partir del cual se han descrito, por aproximación o por distanciamiento, gran parte de los fenómenos culturales y de los personajes de una centuria que, como ha señalado Lola Pons en varias ocasiones, no deja de ser tan extensa, plural y contradictoria como cualquier otro período de cien años de la historia. Nacido en 1398 en Carrión de los Condes y muerto en 1458 en

Guadalajara, la biografía del primer Marqués de Santillana recorre buena parte de la geografía peninsular y de los principales acontecimientos políticos y bélicos, así como de las intrigas palaciegas, que salpicaron el reinado de Juan II. Esto, unido a la notoriedad y amplitud de sus intereses culturales y su actividad literaria, lo ha convertido en arquetipo del individuo que ya no opone las armas a las letras, sino que combina el ejercicio de ambas actividades, en lo que muchos autores han considerado el Prerrenacimiento castellano. En cuanto a su obra literaria, como señalan Ángel Gómez Moreno y Maxim Kerkhof en el prólogo a sus obras completas, pocos autores en la historia de la literatura han gozado de tanta fortuna editorial en su propio tiempo y en los años inmediatamente posteriores a su muerte y, también, de tanta atención por parte de la crítica literaria de los siglos siguientes como el Marqués de Santillana, lo que lo convierte en una figura central en la descripción y el análisis de la cultura y la literatura de la época.

Esta identificación parcial entre la centuria y quien fue uno de los personajes más relevantes de la cultura y la sociedad de su primera mitad no se ciñe, por supuesto, al ámbito de lo literario y la cultura: en lo que atañe a la historia de la lengua, ya Menéndez Pidal afirmaba que «[l]a lengua poética del nuevo estilo no se modela perfectamente sino en manos del castellano Íñigo López de Mendoza». Este «nuevo estilo» al que hacía referencia el padre de la Filología hispánica y maestro de Rafael Lapesa es el que él mismo denominaba, en el epígrafe correspondiente de su póstuma *Historia de la lengua española*, como «Alegoría, oscuridad. Retórica elocuente (1400-1450)», un tipo de lengua de difícil lectura y enrevesado ornato, con excesivo gusto por el latinismo léxico y sintáctico, que se ubicaba en el extremo más alambicado de la constante pulsión entre las tendencias opuestas hacia el cultismo y hacia el vulgarismo que, según el maestro, se alternan cíclicamente en la historia de las lenguas romances. Y, aunque el propio Pidal ya advertía que «el estilo difícil [...] es sólo propio de las obras de mayor empeño artístico; nunca es el estilo constante de un

autor», lo cierto es que la posterior descripción lingüística del siglo xv se ha probado excesivamente inclinada a verse anegada por las características de este tipo de prosa, de la que precisamente los aquí estudiados como *decires narrativos* del Marqués están entre los principales exponentes. El propio Lapesa, en su magna *Historia de la lengua española*, dedicó a la lengua de este siglo y del primer cuarto del siguiente un capítulo que denominó «Transición del español medieval al clásico», en el que, sobre todo hasta 1474, fecha de comienzo del reinado de Isabel I en Castilla, la descripción lingüística está largamente dominada por los autores que ya para Menéndez Pidal constituían esta tendencia latinizante y sobrecargada, entre los que Santillana ocupa una posición principal, aunque este último también sirve de ejemplo de otro tipo de lengua literaria más en contacto con el habla popular.

Lola Pons ha dedicado numerosos trabajos a comprobar cómo, en el caso del Cuatrocientos, un determinado canon literario ha pesado en exceso en la descripción lingüística, haciendo parecer generales procesos más bien acotados a determinados autores o tradiciones discursivas, dándoles carta de innovaciones cultistas a procesos que encuentran perfecto anclaje en, por ejemplo, la prosa eclesiástica de la época, y describiendo a menudo la lengua de esta centuria por defecto, no por sus propias características sino por aquello de lo que carece con respecto al posterior español clásico. Lo interesante de esta perspectiva con respecto a *La obra literaria del Marqués de Santillana* es que, cuando Rafael Lapesa se refiere a la producción literaria del Marqués, y tangencialmente a la lengua que esta muestra, su visión de conjunto supera ampliamente las limitaciones que se han achacado a la descripción lingüística tradicional del Cuatrocientos: la abundancia de contexto literario, lingüístico y cultural, el detalle en la descripción de los temas y las formas y la incansable búsqueda de referentes anteriores y pervivencias posteriores al autor, que alcanzan su cima, como ya he señalado, en el capítulo cuarto, dibujan un panorama complejo pero aprehensible de un gran número de

influencias, entre las que destaca la retórica de tradición escolástica, en consonancia con la tendencia francesa, y unas pocas innovaciones individuales, perfectamente engarzadas con sus períodos anterior y posterior, y de algunos fenómenos y temas generales y otros mucho más acotados.

La reedición de esta obra, que, aunque superada en algunos aspectos concretos, sigue constituyendo un estudio de referencia esencial, responde principalmente a la acuciante necesidad de contar con ella en un formato actualizado y de dotarla de una accesibilidad pareja a su relevancia para los estudios literarios y no literarios sobre el Cuatrocientos: no solo ofrece aquí Rafael Lapesa un compendio de datos de primera relevancia, sino también un modelo metodológico ni mucho menos obsoleto. Además del innegable interés que la obra de Santillana sigue poseyendo, actualmente está cobrando renovada atención entre la comunidad filológica el amplio universo de traducciones que en torno a su figura se llevaron a cabo y el nutrido número de traductores asiduos o eventuales que para el Marqués las llevaron a cabo. Desde que Mario Schiff publicara su clásico *La bibliothèque du Marquis de Santillane*, ha sido manifiestamente insuficiente la atención que esta frenética actividad traductora ha recibido y solo recientemente se le está comenzando a otorgar el lugar que ocupa en la historia lingüística y literaria del primer Cuatrocientos y también en la propia trayectoria personal e intelectual de Íñigo López de Mendoza y de sus coetáneos, factor esencial para una cabal comprensión de un período que ha demostrado generosamente tener todavía mucho que aportar a nuestro conocimiento del pasado de la lengua y la literatura.

En conclusión, el lector encontrará aquí un texto imprescindible para comprender no solo la obra de Santillana y la lengua y la literatura de su tiempo, sino también buena parte del pensamiento y el método de Rafael Lapesa, que exhibe en estas páginas un hacer filológico de primer nivel y una vasta sensibilidad literaria, envuelto todo en la exquisita escritura que caracteriza toda su producción.

ATHENAICA
EDICIONES UNIVERSITARIAS



CLÁSICOS UNIVERSITARIOS